

Cuadernos del Sur

Año 15 - N° 29

Noviembre de 1999

¿El fin de la era menemista?

Eduardo Lucita

Si las elecciones reflejan, aún deformadamente, y en tiempos de manipulación mass-mediática más deformadamente aún, el cuadro socioeconómico de un país, es posible entender los resultados de las elecciones presidenciales del 24 de octubre pasado como una resultante de los cambios en las bases materiales de la sociedad y el impacto que estos han tenido en el plano de la cultura y la ideología, y por lo tanto en el comportamiento social y político de los sujetos sociales colectivos.

En efecto, en los años '90 se condensaron en el país tendencias de larga duración en el capitalismo mundial que concluyeron en transformaciones profundas en la estructura productiva y social. La década que concluye y con la que concluye el milenio ha sido así escenario de cambios, muchos de ellos condicionados por las transformaciones a nivel global, que sin solución de continuidad han mostrado una profundidad y vertiginosidad sin precedentes.

Es en este marco que deben leerse los resultados de estas elecciones. Ellas dan cuenta de un hecho inédito en Argentina: por primera vez en este siglo se da el cuarto recambio

presidencial consecutivo sin sobresaltos; y por primera vez un gobierno peronista entregará el mando a uno de otro signo político, en un acto que para el periodismo suele ser leído eufemísticamente como el fin de la transición democrática pero, más allá de eufemismos, lo cierto es que el país ingresará al tramo final de dos décadas de democracia parlamentaria ininterrumpida. Lo que para la historia política argentina de este siglo es más que significativo.

En el inicio de esta década la crisis de esos años parecía haber encontrado su propio cauce, y ya desbocada se realimentaba a sí misma. La deuda interna daba signos de estar fuera de control; la emisión de circulante no alcanzaba a cubrir el alza de los precios; el equivalente general de las mercancías: la moneda, se depreciaba velozmente. Ni el fuerte ritmo de las devaluaciones, ni las altísimas tasas de interés lograban frenar la escalada de los tipos de cambio ni la fuga del



austral (la moneda nacional de entonces). El Estado se mostraba prácticamente impotente para asumir las demandas sociales que emergían de la crisis, en tanto que la voracidad de las fracciones más concentradas del capital parecía no tener límites y su impotencia para imponer un programa que fuera asumido por el conjunto de las fracciones burguesas agudizaba hasta el paroxismo la disputa por la apropiación de la riqueza social que otros producían.

No estaba en juego el poder, pero se trataba de una crisis en el sistema de dominación que abría posibilidades inéditas para la acción política de masas y la apertura de nuevos espacios democráticos. Como contrapartida, en el proceso electoral que coincidió en los inicios de la década, y que llevó al gobierno al peronismo, la izquierda tuvo su mayor implantación social, y su mejor performance electoral hasta el presente.

En el final de este decenio el país es muy diferente y todo parece indicar que la burguesía, como clase, ha logrado estabilizar su régimen de dominación en el marco de la democracia representativa y en medio de una nueva crisis política, económica y moral, que contiene elementos de continuidad con aquella, pero que agrega nuevos, surgidos precisamente de los senderos que la crisis capitalista siguió en estos años. Sin embargo esta estabilidad no está exenta

de ser sometida a duras pruebas en un futuro no tan lejano.

Estas elecciones marcan también el fin de un período en el que las profundas transformaciones estructurales ocurridas tuvieron su correlato social y político. Una década en que el *memenismo*, único peronismo posible en este lapso, fue capaz de reconfigurar el consenso, sustentándolo en una alianza social entre las clases subalternas y los grupos del poder económico, a la par que construyó su hegemonía política al calor de la lucha contra la inflación y los cambios estructurales, siendo a su vez el principal impulsor de éstos.

En el ejercicio de su gobierno se distinguió claramente de su antecesor. El *alfonsinismo* buscaba canalizar los conflictos hacia las instituciones del sistema. Por el contrario el *menemismo* hizo política desde la economía, desvalorizó las instituciones y las representaciones parlamentarias; hizo el centro de su política en la reforma del Estado, las privatizaciones, la desregulación de los mercados y la apertura indiscriminada de la economía.

La implantación del modelo se llevó a cabo no sin dificultades -fuertes contradicciones interburguesas y resistencia de los trabajadores y las clases subalternas-, en los últimos veinticinco años atravesando distintas etapas, pero fue en este decenio en que el neoliberalismo, apoyándose en el nuevo impulso que le dio la caída del

Muro de Berlín y la implosión de la URSS, avanzó con fuerza arrolladora en la economía, la cultura y la ideología.

Diez años después los resultados están a la vista: la centralización del capital y de los ingresos llevo la polarización social a límites desconocidos en los últimos 50 años; la Nación está a merced de los flujos financieros internacionales y sometida, una y otra vez, a la evaluación del “riesgo país”, en tanto que la política exterior se referencia en la doctrina vernácula de las “relaciones carnales”; entre 1989 y 1999 la deuda externa se duplicó llegando a los 140.000 mill. de dólares; más del 30% de la población vive en condiciones de pobreza y dentro de estos el 7% debajo del límite de indigencia. El 50% de la población económicamente activa está con problemas laborales; el 17% desocupado y otro tanto en la subocupación; buena parte trabaja en negro y sin ninguna cobertura social; los salarios reales han sufrido una caída estructural en los primeros cinco años de la década y luego se han cristalizado en este nivel. Los sistemas de salud y educación siguen un curso de deterioro permanente. La exclusión social separa de la producción y del consumo a vastas franjas de la sociedad.

El déficit fiscal que heredará el próximo gobierno está estimado en 10.000 mill. de dólares y todo preanuncia un fuerte ajuste para po-

ner en caja las finanzas públicas, en un marco de recesión que se agudiza por la crisis de Brasil. Ajuste que está impuesto por la propia crisis y que es independiente de cualquier resultado electoral que hubiera ocurrido.

Una y otra vez las masas obreras y populares han visto reducir el piso material en que viven y reproducen su existencia, sin percibir otro horizonte que no sea un agravamiento de las condiciones del presente. Una suerte de naturalización de la desigualdad y cristalización de la pobreza, con su secuela de ruptura de las solidaridades, pérdida de las subjetividades colectivas, defensa individual de los derechos, carencia de valores, ha sido uno de los logros más significativos del régimen de dominación social en su fase neoliberal.

Esto, que ya se había manifestado en procesos electorales previos, se mostró con fuerza en estas elecciones. Sin embargo ellas fueron precedidas, en un contexto general de retroceso social, de un sinnúmero de conflictos que se desarrollaron, en forma desarticulada e inconexa -más allá de los cinco paros generales y la Marcha Federal que buscaron centralizar la protesta- por todo el país y por una sensación de hartazgo social frente al orden de cosas imperante. Conviene recordar no obstante que no es la primera vez, en nuestra historia contemporánea, que una fuerte conflictividad social no resulta incompatible con el consentimiento político.

Esto se reflejó contradictoriamente. La votación fue masiva como pocas veces antes, sin embargo la campaña no estuvo sostenida en grandes movilizaciones –con excepción de los cierres que fueron multitudinarios- y donde la escasa participación popular y la ausencia de alternativas fueron la antesala de un voto con expectativas limitadas, carente de esperanzas, expresión de la desconfianza social generalizada que impera en el país.

En este proceso electoral el debate estuvo ausente y el curso de la economía no fue puesto en cuestión. La disputa de las burocracias políticas partidarias por espacios de poder sin que estuvieran en juego cuestionamientos serios al modelo neoliberal o proyectos de país, ni el carácter de la crisis nacional, buscaban ocultar que, en las condiciones impuestas, el mercado hizo perder a la política su centralidad como eje de los procesos sociales. Así, que otra cosa podía resultar que una combinación paradójica de hartazgo social por las consecuencias de la política neoliberal y desconfianza creciente sobre la capacidad de la oposición para superarla.

El ciclo expansivo de la economía argentina que se verificó partir de 1991 con la sanción del Plan de Convertibilidad fue acompañado por el ajuste estructural que contó con un consenso político innegable, que alcanzó su máxima expresión en las elecciones de 1995. Fue este consen-

so el que le permitió al Gobierno sortear con éxito los duros conflictos de telefónicos, ferroviarios y metalúrgicos de Somisa. Resueltas estas confrontaciones el modelo ya no tuvo más obstáculos serios a vencer que sus propias contradicciones internas.

Sin embargo a partir de 1996 la alianza social que sustentaba al *menemismo* comenzó a mostrar fisuras. Primero fueron las clases subalternas que, a partir del Santiagazo, paros generales, Marcha Federal y múltiples conflictos, fueron crecientemente retaceando su consenso político. Luego, en el otro polo de la alianza, se resquebrajó el bloque dominante y lentamente se reabrió la puja interburguesa que fuera cerrada en el '91 con el Plan de Convertibilidad y la prebenda de las privatizaciones. En estas condiciones el oficialismo (*menemismo*) se vio imposibilitado de presentar candidaturas. Habiendo perdido la disputa al interior del peronismo no solo no logró la re-elección sino que tampoco pudo imponer un candidato. El peronismo apareció así fuertemente confrontado por corrientes internas cada vez más diferenciadas.

Las principales fuerzas de oposición, en tanto, se esforzaron en mostrarse como los portadores del cambio sin que, obviamente, esto implicara cuestionamiento alguno al orden social establecido.

El candidato del Partido Justicialista (PJ), más allá de oportu-

nismos electorales con los que buscó recuperar la base de masas del peronismo, mostró que sus diferencias radican en que expresa a ciertas fracciones del capital interesadas en defender el mercado interno y, al menos, manejar una porción de los recursos financieros de la Nación. Por su parte la Alianza, de acuerdo con los referentes económicos y políticos que la hegemonizan pareciera expresar más el continuismo neoliberal en lo económico.

Los resultados electorales: un nuevo escenario político

Los resultados electorales muestran situaciones contradictorias y anuncian un nuevo escenario político. La masividad de la votación, cuyo índice de participación es de los más altos desde 1983, no se condice con la apatía de la campaña y la ausencia de grandes expectativas. Más aún el llamado “no voto” –sumatoria de abstenciones, votos blancos, impugnados y nulos– en los que algunas fracciones de izquierda y el periodismo habían alentado expectativas, estuvo por debajo de anteriores elecciones.

Esto puede leerse como la existencia de una sociedad civil que le asigna prioridad a su participación en el juego electoral; pero también como la capacidad del régimen de dominación para canalizar y tener bajo control las tensiones sociales que condensa y acumula la crisis.

Ambas cuestiones estuvieron presentes en estas elecciones. Por un lado la capacidad de manipulación del consenso político en una sociedad mass-mediática y carente de alternativas, donde los sujetos sociales colectivos han sido reemplazados por individualidades agregadas, ha demostrado ser altamente eficaz. Por el otro, es claro que esa misma sociedad canalizó como pudo su rechazo y su hartazgo a las consecuencias sociales del modelo neoliberal en curso y a la barbarie cultural, a esta verdadera sociedad del espectáculo montada por el *menemismo*.

La realidad es que la sociedad buscó un cambio, una modificación de las condiciones del presente, y sobre todo de sus proyecciones futuras, pero más allá de algunos deseos –trabajo, seguridad, transparencia en el manejo de la cosa pública, mejora en los servicios públicos– no alcanza a definir la textura de este cambio. Tal vez porque tampoco tiene demasiada confianza de que este cambio efectivamente se produzca.

La Alianza obtiene su triunfo porque logró recomponer la alianza social con la que en 1983 triunfara la Unión Cívica Radical (UCR), pero a diferencia del *alfonsinismo* que encarnaba un ala progresista, esta vez esa alianza está hegemonizada por el ala más conservadora del radicalismo. Más aún, la derrota en la estratégica Prov. de Buenos Aires debilita a las alas potencialmente “progresitas” de

la UCR y el Frente País Solidario (FREPASO).

Por su parte el PJ pierde las elecciones porque, aún logrando recuperar el voto peronista histórico, no pudo rearmar la alianza que en el 89 y 95 supiera forjar el *menemismo*. Expresión de esto es el fortalecimiento de Acción por la República (AR), cuyos votos hubieran permitido al PJ equilibrar los resultados. Por el contrario el triunfo del PJ en la Prov. de Buenos Aires muestra que allí sí la alianza original se logró rearmar, y para ello los votos de los partidos identificados claramente con el ideario neoliberal (AR-Unión de Centro Democrático (UCD)) fueron decisivos.

Esto señala otro de los resultados contradictorios de las elecciones: la gente buscó desalojar al *menemismo*, pero de las urnas emergió una superestructura política hegemonizada por sus fracciones más conservadoras y la opción que, en la coyuntura, resultaba más funcional a la lógica del capital financiero. Lo que no implica que, acicateados por la crisis, se vean obligados a tratar de acotar la tasa de ganancia de este sector; a establecer límites a la libre acción de los mercados; a darle un nuevo marco legal y regulatorio a las privatizaciones, a revisar algunas renegociaciones contractuales, etc. Lo que generará un sinnúmero de contradicciones.

La legitimidad que le otorgan las urnas al próximo presidente es incuestionable, sin embargo el poder

institucional que esas mismas urnas le otorgan es absolutamente fragmentado. A diferencia de las elecciones del 83, 89 y 95, que arrojaron un presidencialismo fuerte, las recientes dejan como saldo un Poder Ejecutivo que deberá consensuar y negociar prácticamente todo.

La Alianza, triunfadora a nivel nacional, gobernará solo en 8 de las 24 provincias; en el Senado la oposición tendrá mayoría por los menos hasta el 2001; en la Cámara baja ninguna fuerza tendrá por sí sola la mayoría absoluta. Esto marcará limitaciones a una figura presidencial sustentada en una votación masiva pero que no tiene como contrapartida fuerza política equivalente. Esto deja el terreno libre para la neutralización de la política por parte de los grupos económicos y su política de presiones.

La gobernabilidad del sistema obligará al consenso y tal vez a una suerte de cohabitación a la europea – el presupuesto 2000 será sin duda la primera prueba-, pero esto no alcanza a ocultar, como tampoco lo hace la votación masiva, la crisis de representatividad de estos partidos característica de toda esta década. Al contrario se hace más evidente el carácter orgánico de la misma, en el sentido de que, por el carácter de la crisis capitalista local, no alcanzan a expresar las necesidades de sus representados.

Lo que estará en juego a futuro es la caducidad de estas estructuras partida-

rias y la búsqueda de otras como expresión de un proceso más vasto de recomposición de las alianzas y realineamiento de las distintas fracciones del capital. Esto tendrá objetivamente su contrapartida en el plano de las representaciones sociales. Si en estos años la aparición de la CTA y de diversas fracciones al interior de la CGT expusieron la crisis del movimiento sindical, la actual fractura de la UOM y la creación de un nuevo sindicato siderometalúrgico no es más que una expresión aún embrionaria del debate que, como producto de los cambios, atraviesa al movimiento obrero. Como lo son también distintas experiencias de un vasto movimiento social que no alcanza a definir aún con claridad sus contenidos políticos, y que necesita atravesar un camino de encuentros con la potencialidad emancipadora de la clase trabajadora para superar sus propias limitaciones.

Es probable que el nuevo escenario que emerge de las urnas acelere una recomposición del sistema de partidos, al interior de cada uno de ellos, y de las relaciones entre estos y el Estado.

Tal vez este sistema de partidos, ya no se sustente en el pluralismo político con partido hegemónico o con bipartidismo y la alternancia, objetivo este largamente buscado hasta ahora. Sino en otro surgido de la recomposición de los actuales partidos, previas fracturas y rupturas, y la consolidación de una tercera fuerza que

exprese con absoluta transparencia las concepciones neoliberales en el plano económico e ideológico. Pero en lo inmediato cobrarán fuerza las disputas al interior de cada una de ellas. La lucha de tendencias, en el futuro cercano, será tal vez más importante que la confrontación entre partidos.

La izquierda ha tenido una expresión absolutamente minoritaria y marginal, aunque pareciera haber encontrado su piso. Sumadas todas sus fracciones apenas si alcanza el 3% de los votos, y ninguna de sus múltiples candidaturas alcanzó al 1%. Paga así el precio a su impotencia para presentar una candidatura unificada, pero no sólo por esto. Hay también una suerte de incapacidad para leer la realidad tal cual es y no como quisiéramos que fuera. Esto es, dar cuenta de la actual relación desfavorable de fuerzas y articular una intervención acorde con ella. Comprender que no es esta una época de grandes programas sino de saber articular aquellas reivindicaciones que no por elementales en su desarrollo se transforman en anticapitalistas, por la sencilla razón de que el capital no puede hoy satisfacerlas ni garantizarlas en el futuro.

El *menemismo* ha sido en todos estos años la principal expresión política del neoliberalismo, y este al filo de la década muestra síntomas de agotamiento, aunque sus efectos, y sobre todo el haber impuesto una re-

lación de fuerzas duradera absolutamente desfavorable a los trabajadores y las clases subalternas, se prolongaran en el futuro mediato. En este sentido ¿hasta qué punto asistimos al fin de la era menemista?

La confluencia de la hegemonía de concepciones conservadoras y tecnocráticas con la consolidación de liderazgos autoritarios locales prácticamente plebiscitados, y diversas expresiones del integrismo católico, son una muestra del rumbo ideológico que puede asumir el país. Como contrapartida señala el enorme vacío político que la izquierda social y po-

lítica y las fuerzas progresistas deben ocupar.

Tener en cuenta estos datos de la realidad, que las elecciones han puesto a la luz, resulta hoy indispensable para forjar una alternativa política que organice la desconfianza, que de respuesta a las necesidades crecientes y angustiantes del conjunto de los trabajadores y las clases subalternas, y que sea capaz de dotarlos de una perspectiva histórica diferente de la mediocridad actual.

Buenos Aires, noviembre 8 de 1999.

HERRAMIENTA

Revista de debate y crítica marxista

En quioscos y librerías del centro - Facultad de Filosofía
y Letras - Ciencias Sociales

Suscripción por 3 números: \$ 20

Chile 1362 - 1098 Capital Federal - Tel./Fax: 381-2976

e-mail: herram@pinos.com

Cheques o giro a nombre de Andrés Méndez